
X Congreso del PCE

HAMLET ENTRE SURESNES Y BAD-GODESBERG

Juan A. Matesanz



Entre los días 28 y 31 de julio pasado se celebró en Madrid el X Congreso ordinario del PCE; un congreso que, desde sus prolegómenos, ya discurrió por cauces procelosos y desbordados. Esas manifestaciones de pasión desatada dejaron bastante perpleja a buena parte de los observadores. La conclusión del Congreso dejó insatisfechos a casi todos, y las espadas continúan en alto. El 8 de septiembre abandonó el partido uno de los animadores de los «eurocomunistas renovadores», Alfredo Tejero.

El estupor que aquellos acontecimientos provocaran era, si no lógico, explicable, pues se estaba más o menos acostumbrado a ver al Partido Comunista como algo ciclópeo e impenetrable, cerrado en una apretada piña en torno a sí mismo y mostrando al exterior una sola cara. Hasta ahora, el

PCE —El *Partido* por antonomasia— ofrecía la imagen de una unidad militar, impregnada de un acentuado sentido de la disciplina y con unas ideas perfectamente formuladas acerca de lo que pretendía, y con una aplastante seguridad en sí mismo y en su proyecto político. Para cualquiera con aspira-

ciones revolucionarias el Partido Comunista representaba la seguridad.

Todo eso, sin embargo, parece tambalearse con el primer soplo de oposición interna y de debate abierto. ¿Qué está pasando en el PCE?

De la clandestinidad a la legalidad

Durante la dictadura franquista el PCE se consideraba, no sin cierta justificación, la espina dorsal de la oposición. Para Franco, en efecto, sólo había un enemigo: el comunismo. Lo que pasaba, en realidad, era que el viejo dictador metía en el mismo saco a todo aquél que se le opusiera, cualquiera que fuese su modo de pensar y actuar. De una manera o de otra, el PCE fue, sin duda, un tenaz y abnegado luchador antifranquista, por lo que hubo de pagar un elevado precio. Precio que esperaba ver compensado, una vez restablecida la democracia, con una implantación y un influjo político proporcionales al sacrificio realizado.

Los hechos, empero, no vinieron a confirmar estas esperanzas de los comunistas, ante el asombro de infinidad de medios políticos de dentro y de fuera de España y la profunda desilusión en el seno de las filas comunistas.

Llegó después la batalla sindical que, con algunas alternativas y a pesar del apoyo oficial tácito en las primeras elecciones sindicales, se saldó, al final, en 1980, con la quiebra en la estrategia sindical de la C.S. de CC.OO. y la necesidad de compartir la hegemonía en el movimiento obrero con otra fuerza que, en principio, no estaba invitada: la UGT. Pero todo esto, creemos, tiene un valor secundario. El problema principal con el que tarde o temprano tenía que enfrentarse el PCE era el de su propia identidad y, por añadidura, el de su espacio político, tanto en el plano de las ideas como en el de la acción.

Hasta ahora, el PCE ofrecía la imagen de una unidad militar impregnada de un acentuado sentido de la disciplina.

Una armadura pesada

La estructura orgánica del PCE, heredada de los tiempos de la III Internacional, pudo ser útil durante la clandestinidad; pero esa misma estructura—convertida en una rígida y pesada armadura en la actualidad—corría el riesgo de convertirse en una traba para el desarrollo del partido en la legalidad democrática. Si la formulación, breve y esquemática, de rápida recepción para cualquier capacidad, había servido para expandir y fijar las ideas del partido en la lucha antifranquista, éste mismo esquematismo podía volverse en contra de sus formuladores y agotarse en el ámbito dialéctico de la lucha política a plena luz. Si el principio y las prácticas del centralismo democrático aseguraban la elaboración de la estrategia y de la táctica política en cada momento, de manera coherente y eficaz, y ponían al partido al abrigo de posibles fisuras, contradicciones y titubeos, ese sistema amenazaba con generar futuras tensiones una vez que la organización empezase a funcionar en contraste directo y permanente con la realidad social y política española.

La sombra de Moscú

La derrota del Eje, en 1945, y el inmenso sacrificio que supuso para el pueblo ruso la Segunda Guerra Mundial, y la guerra fría que siguió a la euforia inmediatamente posterior a la victoria de los Ejércitos occidentales y soviéticos sobre el régimen nazi, retrasaron la toma de conciencia entre los comunistas occidentales de lo que verdaderamente había significado el stalinismo para el movimiento obrero en general y para el socialismo marxista en particular. Pero, pronto, una serie de acontecimientos allende las fronteras entre el Este y el Oeste (subleva-

ción de Berlín en 1953, la entrada de los carros soviéticos en Budapest en octubre de 1956, el XX Congreso del PCUS, con la desmitificación de Stalin, en 1956, el triste final de la *primavera de Praga* en agosto de 1968 y, por último, la invasión de Afganistán), fueron abriendo la conciencia crítica de muchos comunistas de la Europa occidental. El capítulo postrero —y aún inconcluso— de esa serie de acontecimientos ha sido la crisis polaca, que pone de manifiesto alguna de las graves insuficiencias del llamado *socialismo real*, es decir, de los regímenes comunistas del Este de Europa.

El alud de la legalidad

Por otra parte, el PCE no se ha librado, al igual que otros partidos, del alud que siguió a la legalización. En él, como en todos, este aluvión produjo los naturales efectos de desajuste y la consiguiente necesidad de reestructuración con el fin de hacer viable una gran organización.

El choque del viejo modelo de partido con la nueva realidad fue en el PCE mucho más dramático que en otras formaciones políticas con estructuras de organización mucho más flexibles e, inicialmente, menos jerarquizadas. Como antes apuntábamos, el centralismo democrático (que, en la práctica, se traducía por un imperio del Comité Ejecutivo) facilitaba la elaboración de las opciones y la toma de decisiones rápida y coherente; existía en el partido «una marcada tendencia a hacer política *por arriba y hacia arriba*» (S. Carrillo, Informe al X Congreso del PCE —el subrayado es suyo—), «... se ha mantenido, cuando no reforzado, la tendencia a los amplios órganos de dirección, a todos los niveles, fomentando también por este medio la escapada de los cuadros hacia arriba» (*ibidem.*).

Durante la clandestinidad, el PCE supo introducirse en los movimientos sociales que, sobre todo a partir de la segunda mitad de los años sesenta, empiezan a enfrentarse desde distintas perspectivas ideológicas, políticas, profesionales y humanísticas al Estado y a la sociedad franquista y nacionalcatólica. En aquellos años, efectivamente, el militante comunista parecía tener el don de la ubicuidad, por su capacidad de multiplicarse y cubrir frentes muy variados de oposición y resistencia. No cabe discutir, a este respecto, que los comunistas fueron, junto a otras fuerzas antifranquistas, los grandes animadores de los incipientes movimientos de masas. Pero esto, a la larga, se volvió en alguna medida en contra suya. Porque los comunistas, en su afán de estímulo, empuje y coordinación de esos movimientos no acertaron

El choque del viejo modelo de partido con la nueva realidad fue en el PCE mucho más dramático que en otras formaciones con estructuras más flexibles.

ron a sustraerse a su tendencia a erigirse en el elemento nuclear y decisivo de los mismos, y a inclinar sus acciones hacia los intereses tácticos del

PCE. Esa práctica era factible en la sombra de la clandestinidad y cuando se carecía de otras perspectivas de acción política y de realización personal; sin olvidar el poderoso componente de ilusión y entusiasmo que a todos, comunistas y no comunistas, animaba en aquellos años. Más, cuando *sobrevino* la legalidad, todos también hubieron de enfrentarse con un cambio en las expectativas de acción política y, por qué no decirlo, de promoción personal. Eran ya otros los apremios. Se trataba ahora no de acabar con la dictadura, sino con su herencia. Se trataba, en definitiva, de construir un nuevo Estado y de ir configurando una nueva sociedad en el marco de la democracia (que aún entonces era apellidada *burguesa*).

Y ante esas nuevas tareas, para las que todos estaban escasamente preparados en el terreno técnico, los comunistas se tropezaron con dos obstáculos

los en su propia casa: el ya aludido de la estructura del partido, y otro no menos importante y decisivo: el de la estructura mental de los militantes (*cuadros*, en este caso) comunistas. El partido no logró acomodar esas dos estructuras a la nueva situación y se produjo lo inevitable: el progresivo alejamiento de las masas y la polarización paralela hacia las nuevas tareas. De tal modo que la distancia entre los cuadros y las bases, y de éstas con las masas, fue cada vez mayor. «Falló el instrumento principal a través del cual el partido se liga con las masas: la organización de base (...). La comunicación del partido y las masas se ha estado haciendo, principalmente, a través de la representación parlamentaria, autonómica o municipal» (*ibídem*).

La estructura como «contenedor»

La necesidad de afrontar la realidad desde una estructura más vertebrada y acorde con las exigencias del proceso político llevó a los comunistas a introducir determinadas correcciones en la estructura organizativa del partido. La más importante desde este punto de vista y, a la vez, por sus consecuencias fue el abandono del sistema de células y los frentes de lucha, y su sustitución por las Agrupaciones. Se pensaba que con ello el partido se hallaría más cerca de los ciudadanos y que, desde las nuevas organizaciones locales y territoriales, sería más fácil la labor de información y canalización de la opinión. Sin embargo, parece que el nuevo sistema organizativo no ha dado los resultados que se esperaban de él, sino que, por el contrario, ha acentuado el problema de incomunicación

y de burocratización que arrastraba el partido desde tiempo atrás. La nueva organización territorial ha alejado todavía más al partido de la sociedad y

ha ahuyentado a los cuadros, a los profesionales y a los intelectuales; los primeros se han «centrado en las altas esferas políticas representativas y en los comités superiores... De hecho, hay muy pocos cuadros que espontáneamente se decidan a trabajar en las Agrupaciones» (*ibídem*.); en cuanto a los segundos y a los intelectuales, cuyo marco respectivo de actividad viene a ser el mismo, no han encontrado en la nueva organización territorial su ámbito de acción, se han sentido marginales, cuando no marginados y sin una función que justificase su permanencia en el partido; en consecuencia, muchos de ellos se han distanciado o lo han abandonado efectivamente. La nueva estructura se ha revelado más como un *contenedor* que como un continente susceptible de integrar y ordenar las iniciativas de los militantes y los sentimientos y necesidades de simpatizantes y electorado.

El redescubrimiento de la libertad

Entre todos los elementos que se entrecrocaban en las vísperas y durante el desarrollo de este X Congreso hay uno que destaca singularmente, por ser el de mayor trascendencia y contenido y, por lo mismo, por ser el que más problemas ha generado y generará en el inmediato futuro: el redescubrimiento de la libertad. Los comunistas empiezan ahora a responder a la pregunta que hiciera Lenin a los socialistas españoles: «Libertad, ¿para qué?»

La libertad, todos lo sabemos, es el elemento político más corrosivo y que provoca mayor aceleración. Es lógico, por tanto, que su descubrimiento o su recuperación por los comunistas susci-

La nueva organización territorial ha alejado todavía más al partido de la sociedad y ha ahuyentado a los cuadros, profesionales e intelectuales.

te infinidad de problemas. Y en torno a este objetivo, a este concepto y a este instrumento giró lo fundamental del debate del X Congreso del PCE.

Libertad de expresión de las corrientes de opinión dentro del partido; libertad de representación de esas corrientes; horizontalidad en la estructura global de la organización y autonomía para las federaciones de nacionalidad y región; libertad de articulación de los grupos profesionales frente al criterio de territorialidad...

Estas aspiraciones quedaron guardadas en la alacena de la oportunidad. Ninguna de ellas prosperó. A cambio de algunas concesiones de forma, Carrillo fortaleció su posición personal al frente del Ejecutivo. Su respuesta en el Congreso fue, a juicio de muchos, excesivamente dura. Su argumentación rigurosamente ortodoxa, dentro de la mejor tradición del centralismo democrático. Afirmaba el Secretario General en su informe al Congreso: «O este X Congreso es el Congreso del retorno de los cuadros a la base, del fortalecimiento de su presencia en las Agrupaciones, o la continuación de la práctica actual nos conducirá a un tipo de partido que tendrá muy poco que ver en su estructura (...) con lo que es un Partido Comunista.» Y añadía: «El verdadero sentido de la *democracia* en el Partido...», es la *participación* «mucho más que los duelos políticos entre grupos muy reducidos de cuadros...» (los subrayados son del original).

La independencia del «aparato»

Uno de los reproches que se le hacen a los partidos políticos en la situación actual es el del excesivo peso que en ellos ejerce el denominado *aparato*, en detrimento de la libertad de los militantes y de la agilidad y la flexibilidad de las mismas estructuras de estos partidos. Pero la organización decana en este tipo de imputaciones es precisamente el PCE. Justo o no, lo

Contra este exceso de burocratismo y dirigismo se encaminaba buena parte de la ofensiva de los eurocomunistas renovadores.

cierto es que buena parte de los recelos que despierta el Partido Comunista se deben a su fama de partido burocratizado, centralizado y jerarquizado.

Y contra este exceso de burocratismo y dirigismo se encaminaba buena parte de la ofensiva de los *eurocomunistas renovadores*, que exigían la flexibilización de las estructuras del Partido y su democratización, tanto en su dimensión institucional como en su expresión política e, incluso, ideológica. La respuesta de Carrillo fue tajante y demoledora. Para Carrillo, el «aparato lo componen los *liberados* del Partido, en sus órganos dirigentes, en los órganos de representación popular (Parlamento, municipios, etc.)... El conjunto de los *liberados* compone el *aparato*». Más adelante reconoce que el «aparato puede constituir un elemento de limitación de la democracia interna, un instrumento para la permanencia en el poder del grupo dirigente». Pero se revuelve enseguida contra sus críticos, preguntándose: «¿Se puede hablar en esos términos del *aparato* y de la burocracia del PCE como lo hacen ciertos camaradas, que a veces forman parte —y hasta privilegiada— de ese aparato...?» Para concluir con una interesada simplificación que, de hecho, escamotea el verdadero fondo de la cuestión planteada por los *eurocomunistas renovadores* y por otros muchos militantes: «Donde está el enfrentamiento y la polémica en el Partido, más que en el conjunto de éste, es en el interior del aparato, entre los elegidos (...). En gran medida, el debate político en el Partido es un debate en el seno del aparato.»

En cierto sentido no le falta razón a Carrillo, aunque por su parte sea rizar el rizo de su argumento, si se parte del concepto leninista de partido. Precisamente, la constante gravitación de ese problema en la conciencia y en la estructura misma del PCF y de los co-

munistas hace el problema más difícil de resolver. En el fondo de sí mismos, muchos militantes y dirigentes comunistas siguen aferrados a la concepción de partido, de política y de sociedad leninista-stalinista, como se puso de manifiesto en el prólogo al X Congreso, es decir, en el Congreso del PSUC.

El Congreso del PSUC

Como es sabido, el PSUC (Partido Socialista Unificado de Cataluña) nace en 1936 como resultado de la fusión de diversas organizaciones socialistas, nacionalistas de izquierdas y comunistas. Los eurocomunistas del PSUC reivindican con justicia la anticipación de las ideas eurocomunistas para el partido de los comunistas catalanes. Y, no obstante, ha sido el PSUC el primero en

dar el aldabonazo sobre lo que iba a suceder en el seno del Partido Comunista de España. El PSUC era tenido, hasta hace poquísi-

mo tiempo, por el sector más evolucionado del comunismo español, y a nadie extrañaba este hecho si se tiene en cuenta que es un partido genuinamente catalán y que es Cataluña, también, el área social y política más *moderna* de España. Se ha dicho con frecuencia, y acertadamente, que la catalana es la única sociedad burguesa que existe en la comunidad de pueblos españoles. Y el PSUC hacía honor a esa modernidad, a ese positivo *aburguesamiento* reconocido a Cataluña. Por otra parte, el PSUC es, relativamente, el partido más poderoso y mejor organizado de cuantos componen la constelación comunista en España. Su nivel de desarrollo intelectual y político es igualmente notable.

¿Cómo explicar, entonces, la explosión, el movimiento sísmico que supuso el V Congreso de los comunistas catalanes?

En el X Congreso del PCE se ha aludido repetidamente, en el turno de intervenciones autocríticas, entre otras cosas, a la insuficiente comunicación que ha habido en el Partido en los últimos tiempos. Esta falta de comunicación ha tenido como consecuencias la ausencia de una información adecuada sobre lo que significaba, de un lado, el eurocomunismo —de difícil digestión para gran parte de la base y de los cuadros medios del Partido, demasiado penetrados del concepto leninista de Partido— y, de otro, la incompreensión de la política del Partido, tanto en el plano parlamentario como en el regional, social y sindical.

Ahora se ha visto como muchas de las iniciativas tan caras a la dirección carrillista, por ejemplo, el consenso y los Pactos de la Moncloa, fueron tolerados, disciplinadamente, por la base

Ahora se ha visto cómo muchas de las iniciativas fueron toleradas, disciplinadamente, por la base militante, pero nunca asumidas de verdad.

militante y por el electorado y simpatizantes comunistas, pero nunca asumidos de verdad y menos todavía comprendidos. A esto hay que añadir la situación general de España en estos años de transición, con su crisis económica, con su agresión permanente terrorista y con la ausencia de unas líneas claras de acción que orientaran a una militancia acostumbrada a identificar casi automáticamente al amigo, al compañero de viaje, al adversario y al enemigo. De la misma manera que no se hace una democracia sólo con el simple acto de promulgar una Constitución, tampoco se hacen eurocomunistas a unos militantes que a lo largo de decenios han pensado, sentido y actuado desde supuestos ideológicos, políticos y tácitos diametralmente opuestos.

Por lo demás, en el desarrollo y culminación del V Congreso del PSUC y su *Delenda est Eurocomunismo* (aunque con posterioridad haya vuelto de su acuerdo) hay mucho de exceso de

confianza por parte de la dirección saliente. Son muy clarificadoras, a este respecto, las palabras de Jordi Solé Tura comentando el desarrollo del V Congreso:

«El hecho de que ni el Comité Ejecutivo ni el Comité Central participasen en la explicación y en la defensa de las tesis ante las organizaciones del Partido provocó dos efectos decisivos:

1. Las tesis se discutieron sin que nadie las defendiese ni explicase (...). Ningún responsable de la dirección acudió a las organizaciones del Partido... para explicar por qué las tesis decían una cosa y no otra...

2. La inhibición de la dirección dejó el terreno libre para la aparición de contratesis o de documentos paralelos (...). Así, por ejemplo..., el documento programático elaborado como enmienda general por el Comité Comarcal del Vallés Occidental...

En la discusión de las tesis participó un número muy reducido de militantes: osciló entre el 15 y el 20 por 100 de miembros del Partido»¹.

En cualquier caso, todos están de acuerdo en considerar que el meollo del conflicto fue el eurocomunismo. Ahora bien, «para muchos delegados al Congreso del PSUC el eurocomunismo era igual a la política de consenso...» (J. S. Tura). Y esa política de consenso, es decir, eurocomunista, se aparecía a los ojos de los militantes como una política carente de incidencia en las masas y como expresión de una corriente dentro del Partido.

Para medir hasta qué punto los militantes, en este caso los delegados al Congreso del PSUC, iban dispuestos a reponer las cosas *en su sitio*, es decir, a impugnar frontalmente la nueva línea programática e ideológica del PCE y,

por consiguiente, de Santiago Carrillo, veamos qué decía el documento del Comité del Vallés Occidental:

«Los grandes bloques son una reali-

dad y ante ellos no cabe una posible independencia (...). Las contradicciones entre las clases dominantes y entre los Estados del bloque occidental son secundarias, por no decir que inexistentes. Un aspecto decisivo de esta situación es la utilización de la socialdemocracia como punta de lanza para dividir al movimiento obrero...»

Los 424 votos a favor de la supresión del término *eurocomunismo* (aunque después, como ya se ha dicho, se revocaba esa resolución) y los 359 en contra han dejado al PSUC en una situación de confusión e incertidumbre de la que todavía no ha logrado salir. Además, aquellos resultados y el Congreso mismo pesaron gravemente a lo largo del primer semestre de 1981 sobre la suerte del PCE y de su actual equipo rector, con notable perjuicio para la consistencia de la izquierda en Cataluña y en España.

El problema de la identidad

Otro tanto cabe decir del resultado del X Congreso del PCE. En realidad, la controversia no ha hecho más que empezar y el X Congreso ha sido el primer acto de una pieza que todavía oculta su desenlace en un *suspense* que no resulta nada tranquilizador. Porque el problema con el que se enfrenta en este momento el movimiento comunista en España es el de lograr una diferenciación clara e indiscutible de su vieja madre moscovita. Pero, para conseguirlo, es preciso que se libere de muchos registros mentales y orgánicos que han llegado a ser auténticos reflejos condicionados, que forman parte de su *ser* y sin los cuales muchos comunistas se encontrarían como desnudos

y a la intemperie. Han de salir, pues, de su antiguo *sueño dogmático*. Y eso supone inevitables desgarros. Pero, además, el salir significa la búsqueda de

«... para muchos delegados al Congreso del PSUC, el eurocomunismo era igual a la política de consenso...».

una nueva identidad; en el fondo, se trataría de una especie de dramática vuelta a los orígenes. Y, en este caso, tropiezan con un competidor que, aparte de la fuerza moral que le otorga el haber mantenido una posición a lo largo de muchas decenas de años, tiene tomado el espacio político.

No es extraño, pues, que el PCE se debata en estos momentos entre la renovación y la tradición, entre el dogma y la crítica, entre la conservación y el cambio. Dogma, tradición, conservación son elementos consustanciales, hasta ahora, en las coordenadas políticas y mentales de la mayoría de los comunistas. Romperlas de repente es mucho pedir a la dirección. No ha-

cerlo supone abrir profundas grietas en la cohesión y los hábitos comunistas, de consecuencias aún imprevisibles.

En todo caso, creemos no faltar a la evidencia al afirmar que la opinión en general ha perdido la orientación, la referencia política, ideológica e incluso espacial que el PCE constituía hasta el momento. La gente no sabe bien donde está el PCE y, menos, dónde estará en el próximo futuro. Por consiguiente, es de esperar que el debate explicitado con ocasión del X Congreso continúe abierto durante bastante tiempo todavía, hasta que el PCE reencuentre su espacio político y su verdadera identidad ideológica.

¹ *Nuestra Bandera*, n.º 107, mayo 1981.
